



Estudio inicial de la sangre

Martín De Mauro Rucovsky*

En el recorrido trazado por Foucault, la particularidad histórica de las formas políticas de la modernidad implican un desplazamiento dentro de su obra que va desde un análisis de los discursos (una arqueología de las ciencias humanas) en dirección a una analítica del poder (o una genealogía del presente). Un cierto umbral se franquea a partir de la biopolítica. Nos encontramos, en efecto, ante una problematización histórica que se sitúa en un poder soberano despótico hacia un poder disciplinar y de este hacia un biopoder de seguridad o una gestión gubernamental que motiva tanto al surgimiento de los estados nacionales (monopolio administrativo que logra ligar las poblaciones humanas a la tierra, el trabajo y el capital) como los procesos de subjetivación (la configuración de sujetos adaptados y normalizados para el trabajo, la industria y el cultivo).

Desde el viejo derecho de «hacer morir o dejar vivir» o un poder de patria potestas, historiográficamente un tipo de poder a la vez feudal y monárquico, que se ejerce de manera directa sobre la muerte, ligado a un soberano -el rey con sus insignias, cortejos y conmemoraciones-. Sobre esta escenificación, se indica una macrofísica del poder, el carnaval de la atrocidad y el espectáculo punitivo (el patíbulo, los verdugos y la confesión como producción de verdad). Le siguen las reformas humanistas (finales del siglo XVIII) que instauran los dispositivos disciplinarios, es decir, el conjunto de técnicas y procedimientos que ponen atención puntillosa al detalle (el trabajo, la higiene, la actividad gimnástica, el aprendizaje escolar). Lo que adquiere preponderancia es una microfísica del poder que se ejerce mediante el estudio minucioso de las aptitudes del cuerpo, de las funciones vitales y del espacio serial, de los espacios de encierro, instituciones de secuestro y la táctica arquitectónica de los panópticos mediante la normalización de los individuos. El poder disciplinario, en lo que tiene de específico, se formó al interior de las comunidades religiosas y desde esas comunidades se transportó, y se transformó hacia las comunidades laicas que son desarrolladas y multiplicadas en ese período de la pre-reforma en los siglos XIV y XV. Su modelo arquitectónico espacial funciona

* IDH-CONICET, FemGes, ClFFyH, FFyH, UNC - martinadriandemauro@mi.unc.edu.ar.

sobre la base del monacato religioso y el claustro, luego el trabajo industrial y del cuerpo obrero proletario, la cárcel y la prisión, el asilo psiquiátrico, los cuarteles y regimientos, escuelas y hospitales. Las arquitecturas disciplinarias serán el producto secularizado de las células de aislamiento monástico que, en un marco de racionalización económica y de reforma cuáquera y protestante van a convertirse en un dispositivo penitenciario. La consolidación del poder disciplinario resulta complementario de la emergencia del capitalismo industrial (revitalización de la regla de San Benito: *ora et labora*), a través de la vigilancia, la normación y el control pero sujetando el tiempo de la vida al tiempo de la producción con lo cual se busca producir “cuerpos políticamente dóciles y económicamente rentables” (Foucault, 1987, pp. 223-255). Se trata del adiestramiento que se acompaña de un estudio minucioso de las aptitudes del cuerpo que se caracteriza por su codificación instrumental y utilitaria.

Y finalmente, la consolidación de un biopoder que se sitúa en una relación positiva con la vida, en el momento en que la vida como ser viviente entra como cálculo y estrategia política, el “umbral de modernidad biológica” a través de dispositivos de seguridad, de normalización y de la gubernamentalidad, que implican una distribución en espacios abiertos y moldeables. El dispositivo de la sexualidad cobra relevancia porque este se sitúa en el cruce entre los dos ejes del biopoder, la dimensión de las disciplinas (a partir del siglo XVII, anatómica e individualizante) y la biopolítica, orientada al núcleo biológico de lo humano como especie, la población. Esta no se define ni como la multiplicidad de sujetos jurídicos, de los que se ocupa la soberanía, ni como la multiplicidad de cuerpos individuales, objeto de la disciplina, sino como especie, una multiplicidad de individuos “que están y que sólo existen profunda, esencial y biológicamente ligados” (Foucault, 2004, pp. 23). Así pues, el objetivo principal del gobierno de la población -conjunto de seres vivos-, es el arte de gobierno denominado gubernamentalidad, cuya forma mayor es la economía política, su instrumento técnico son los dispositivos de seguridad que le seguirán luego la razón de estado y el liberalismo.

Esbozar la historia de dicha forma de biopoder implica metodológicamente que se deje de lado el problema del Estado, de los aparatos de Estado, y deshacerse de la noción psicológica de autoridad. Así, resulta necesario estudiar entonces, el marco general de la racionalidad política del liberalismo clásico del siglo XVIII, primero y seguidamente, la transfor-

mación de este en neoliberalismo cuyo aparato de veridicción es la forma empresa, el capital humano y el sujeto emprendedor. En este recorrido, que no se inscribe en el interior de un esquema evolucionista, se debe suponer que los tres tipos de ejercicio de poder -soberanía, disciplina, biopolítica- han coexistido intrínsecamente según fronteras móviles. No se pasa de las sociedades de soberanía a las disciplinas, del poder pastoral a la gubernamentalidad. Aquí se trata de una coexistencia de espacios-tiempos históricos, de una contemporaneidad de hecho, con simultaneidad, rupturas y discontinuidades, torsiones y desplazamientos que Foucault describe en términos de “triángulo de ontología circular” (1977, p.133). Lo importante, en este plano, es lo que bosqueja: adentrarse en el análisis del dominio de las prácticas, los modos de obrar y de pensar, y en el relevo de la *historia occidental de las relaciones de poder*, las sombras del proyecto civilizatorio en la espesura de fuentes históricas, documentales, catálogos de penitenciarias, neuropsiquiátricos y fábricas, disposiciones administrativas, manuales escolares, reglamentos y discursos, directorios de bibliotecas, de archivos oficiales y de textos secundarios, manuscritos marginales, apócrifos y menores.

La noción de biopolítica, en este contexto, remite a una “vacilación de fondo” (Esposito, 2006) que atraviesa la formulación foucaultiana, biopoder y biopolítica refieren a dos valencias posibles, una negativa y reactiva -un poder *sobre* la vida- o su posibilidad afirmativa -un poder *de* la vida-. Así, los mecanismos específicos de poder que tiene por *objeto* una vida o el ser vivo que Foucault vincula al enfrentamiento biológico (corte, cesura, distinción y jerarquías entre «lo que debe vivir y lo que debe morir») y el cálculo proporcional (una relación bélica positiva: «Cuanto más mates, más harás vivir») y que denomina tanatopolítica en relación al desarrollo paroxístico del racismo de estado y la posibilidad del genocidio. Pero biopolítica indica también la capacidad de variación y desvío, exceso e intensidad de la vida como *sujeto* de la política porque no está exhaustivamente integrada en los dispositivos que la normalizan. En efecto, señala Roberto Esposito (2006), el signo bajo el cual se produce el encuentro entre poder y vida está signado por una fractura y una vacilación de fondo.

En esta línea de lectura afirmativa se inscribe el propio Foucault en *La vie: l'expérience et la science* (1985). En ese escrito homenaje dedicado a la obra de G. Canguilhem y al campo de historia de las ciencias, Foucault recupera una determinada capacidad del error, la anomalía y el equívoco. En

diferido con los presupuestos de la fisiología-química y la patología médica que consideran al organismo sano y estable como índice de normalidad. Lo que Foucault lee en Canguilhem proviene del ámbito de la historia de la biología, de la historia de las ciencias (entendida como discontinuidad) y de la teoría de la información (juegos de codificación, decodificación, mensajes, omisiones). La posibilidad del error es intrínseca a la vida, es su capacidad innata de azar permanente, esta es potencia de innovación y perturbación del ser vivo como modos de vivir en una relativa movilidad. De allí que el conocimiento de la vida y de los conceptos que la articulan, la cuestión general de la verdad y del sujeto, la intencionalidad de la fenomenología y el terreno de lo vivido, deben buscarse del lado de la enfermedad y la patología, la muerte, la monstruosidad, la anomalía y la eventualidad del error.

En esta perspectiva, Judith Revel (2010), localiza en la obra tardía de Foucault (manuscritos del curso de 1984 *Le courage de la vérité*) una “biopolítica anticipada” que hace del *bios* el terreno de su propia resistencia. En *Foucault, une pensée du discontinu* (2010) se plantea precisamente la cuestión de los modos de subjetivación en los términos de una política inmanente de experimentación de formas de vida inéditas (“una vida otra”) como apertura a la diferencia, la alteridad e invención de sí (Revel, 2014, pp. 224-229).

Por su parte Gilles Deleuze en *L'immanence: une vie...* (1995) y la lectura de G. Agamben en *L'immanenza assoluta* (1996) perfilan una noción de vida e inmanencia en un movimiento de inmanación (de brotar y fluir), suerte de tránsito sin distancia ni identificación entre uno y otro término. En el diagrama deleuziano, el campo trascendental se define por medio de un plano de inmanencia y este último se define por medio de una vida. Una vida es potencia y beatitud plena porque es, precisamente, inmanente a ella misma (rasgo de univocidad: el agente es su propio paciente), no se predica de algo, no depende de un objeto ni pertenece a un sujeto sino que produce permaneciendo en sí misma. La vida inmanente es impersonal e indefinida, se ubica en un estado de suspensión inasignable de normas o derechos más allá del bien y del mal, entre el niño y el moribundo señala la imposibilidad de trazar jerarquías y distinciones (vida vegetativa/vida de relación, planta/hombre, *bios*/zoé, animal externo/animal interno, orgánico/inorgánico). Esta es un “fondo indiferenciado” (escribe Agamben) porque atraviesa tal o cual sujeto viviente, no implica una conciencia

y porque está en todos lados, de allí que puede abstenerse de toda individualidad, de todo rasgo afín que la individualice. Una vida que no es individualidad pero sí una singularización (una *hecceidad*), vida de pura inmanencia, neutra e indefinida (pura potencia que conserva sin actuar) esta se compone de acontecimientos y virtualidades, se compromete en un movimiento de actualización constante.

Sin embargo, a partir de la teorización iniciada por Michel Foucault y continuada por una serie de lecturas críticas de autores como Giorgio Agamben, Antonio Negri, Roberto Esposito, Nikolas Rose, Peter Miller, Paul Rabinow, Donna Haraway, Judith Revel, Judith Butler, Fermin Rodríguez, Gabriel Giorgi, Mónica Cragolini, se constituye un vocabulario y una sintaxis propia, una gramática de la biopolítica, lo que pone en evidencia es una zona de problematicidad desde donde el presente se disputa y se interroga a sí mismo, encontrando así su lugar dentro de una ontología histórica del presente y por amplitud, de lo contemporáneo.

Este vocabulario analítico nos devuelve la mirada sobre una dinámica que tiene por objeto o sujeto una vida, el ser vivo o el viviente sobre la base de una serie de distinciones y oposiciones –más o menos estabilizadas– entre vida y no vida, entre vida y muerte, entre lo vivo y lo no vivo, o según la distinción griega clásica, entre la vida puramente biológica (*zoē*) respecto de una forma de vida (*bíos*). Lo que permite captar la noción de biopolítica son los modos en que nuestras sociedades, trazan distinciones jerárquicas entre vidas a proteger, cuidar o futurizar y vidas a abandonar, sacrificar o directamente eliminar. Pero el axioma de la biopolítica supone también el mandato de “hacer vivir” a escala subjetiva, molar y micropolítica, un campo de interrogaciones acerca de *qué es* “hacer vivir”, cómo me hago vivir, cómo se aumentan, optimizan y expanden las potencias vitales, las posibilidades de vida, donde se reconoce la plenitud de lo viviente, cómo uso las potencias de cuerpo en atención a un cálculo a la vez económico, del capitalismo naciente, y político, en el régimen moderno del Estado-nación y su reconversión más contemporánea en racionalidad de gobierno, la gubernamentalidad neoliberal.

Este trazado fundamental, que es el núcleo central de la biopolítica, conlleva una serie de cortes, gradaciones y de umbrales diferenciados en torno a los cuales se decide la humanidad o la no-humanidad de individuos y grupos. La gramática biopolítica se inscribe en una línea de interrogación sobre las condiciones en que resulta posible aprender una

vida o sobre los mecanismos específicos de poder a través de los cuales se produce, se cuida o se valora diferencialmente la vida. O de otro modo, el arte de gobierno denominado gubernamentalidad implica, además de la producción de individuos socialmente legibles y en condiciones de vida para la población, la construcción de un orden normativo de lo humano que produce un conjunto de vidas residuales, de cuerpos despojados de humanidad y de toda protección jurídica y política.

Una gramática de la biopolítica, entonces, que pasa por el ágora del presente en un doble sentido. El presente histórico y social -aquello que delimita una época- y el presente de la sintaxis biopolítica, su vigencia y actualidad. ¿Cuáles son los nuevos enunciados que aparecen en un campo social histórico -una época- y cuales son objetos de incorporación dentro de la gramática de la biopolítica? El presente como pregunta, por lo actual y lo contemporáneo que es paradigmático de las sociedades de control biopolítico, con sus mecanismos de seguridad/inseguridad ligados a la razón del mundo neoliberal le sobreviene así, un tiempo dislocado que concierte a los procesos de colonización y de los fenómenos derivados de las dinámicas extractivas, el despojo y la apropiación territorial, es decir, la época de la catástrofe ecológica a nivel ambiental y planetario. Un punto de inflexión y un evento límite, la época del desastre se predica sobre las condiciones de agotamiento ecológico, ambiental y climático en los estratos temporales de largo aliento que traen consigo la memoria colonial y geológica del planeta pero también de la percepción próxima de la muerte a través de las epidemias y los virus de origen zoonóticos, primero del HIV-SIDA y en los últimos años, se solapa una pandemia dentro de la otra, con la emergencia del virus Covid-19 y más recientemente, la nueva pandemia de viruela sísmica.

No se trata ya de una búsqueda filológica y exegética dentro de la obra de Michel Foucault o sus lecturas críticas posteriores sobre las cuales asentar las bases de un vocabulario conceptual y una gramática de la biopolítica que señala limitaciones, omisiones o faltas sobre este u otro tema. La gramática cultural de la biopolítica se transforma, sale de su marco, pasa a otra cosa, al tiempo que permanece en sí misma, algo conserva y otro tanto se disipa: ¿Qué pasaría si lanzáramos la máquina foucaultiana en formaciones históricas en las que él nunca reparó? ¿Qué hubiera sido Foucault en otras formaciones, distintas a las europeas modernas en las

que se concentró o de las que anunciaba no tener competencia? (De Mauro Rucovsky, 2023)

La vida no es útil

Ese punto de inflexión, alrededor del siglo XVII y XVIII, en que la gestión política de la vida se convierte en un modelo paradigmático de la modernidad es también un punto de anudamiento en donde podemos leer la emergencia de un proceso de biologización de la vida y dentro de esta, la conversión de la historia en historia natural. El advenimiento de la vida y de un campo de saber específico, la biología están implicados en el dominio de la historia natural, cuya evidencia y unidad misma nos resuena a través de la consolidación de la biopolítica:

Se requieren hacer historias de la biología en el siglo XVIII, pero no se advierte que la biología no existía y que su corte de saber, que nos es familiar desde hace más de ciento cincuenta años, no es válido en un período anterior. Y si la biología es desconocida, lo era por una razón muy sencilla: la vida misma no existía (Foucault, 2003, p.128).

La constitución de algo irreductible y específico en los dominios de la vida corre en paralelo con una vacilación de fondo, allí donde Bruno Latour (1991, 2015) coincide con el Foucault arqueólogo de *Les mots et les choses* (1966), entre los que creen en la inmovilidad de la naturaleza (Tournefort y Linneo sobre todo) y los que presienten la potencia creadora de la vida, su poder de transformación y plasticidad (Bonnet, Benoit, Mailley y Diderot). En el dominio de la historia natural, la continuidad de la naturaleza es un punto de partida epistemológico, la continuidad taxonómica de los seres, es decir, por todo el esfuerzo por instaurar en la naturaleza un orden y descubrir sus categorías generales. Sólo el *continuum* puede garantizar que la naturaleza se repite y que en consecuencia, la estructura puede convertirse en el carácter que agrupa los individuos y las especies en unidades más generales, que distingue estas unidades unas de otras y que les permite ajustarse de tal manera que formen un cuadro en el que todos los individuos y todos los grupos, conocidos o desconocidos, puedan encontrar su lugar. Es así que la partición entre los seres vivientes, la clasificación, designación y taxonomización de especies (la descripción

de la anatomía animal y vegetal, el hábitat y la nutrición, sus costumbres, movimientos, etc) encuentra su lugar en el espacio abierto en los modos de representación. La constitución de la historia natural que tiene su arqueología propia, está ligada a una distancia abierta entre las cosas y las palabras, es la posibilidad de ver lo que se podrá decir por medio de la comparación de estructuras visibles, mediante la relación de elementos homogéneos ya que cada uno de ellos podía servir para representar todos los demás. Ese es, precisamente, el proyecto de *mathesis* universal, basado en un proyecto de estandarización: se trata de poner en serie a través de una descripción perfectamente clara y acabada, un catálogo global de la naturaleza.

Historia natural y biologización de la vida, así pues, el advenimiento de ese “umbral de modernidad biológica”, descansa sobre un hábito moderno constituyente. Este hábito es moderno, escribe Latour (1991, 2015), no tanto por la figuración humanista (la irrupción de la ciencia, la laicización de la sociedad o la mecanización del mundo) sino por la creación conjunta de un orden asimétrico de lo no-humano (cosas, objetos, animales y naturaleza en la escala de los *matters of fact*) respecto de lo social-humano. O de igual forma, el hábito moderno se predica de la producción conjunta de dos planos metafísicos de lo alto y lo bajo, lo interior y lo exterior, y más aún, de lo trascendente (certidumbre de las leyes universales de la naturaleza) y de lo inmanente (mundo social y de los derechos imprescriptibles de los ciudadanos). La distinción se dirime entre los órdenes cosmológicos y antropológicos, separados desde por lo menos el siglo XVII por una doble discontinuidad, de esencia y de escala (De Castro y Danowski, 2019). Se trata de una distribución de roles o modos de representación (que Foucault anota en términos de una distancia abierta entre las cosas y las palabras) de los que van a cumplir el papel de lo social (cuya figura paradigmática es T. Hobbes y el contrato social) y los otros de la conciencia, una basta zona de lo natural (que encuentra en R. Boyle y el laboratorio su ejemplaridad). Esa humanidad trascendente (posición de lector no leído) se definió a sí misma como el producto de una autoextracción de las comunidades bióticas (excepcionalismo antropocéntrico), inventando al hacerlo un afuera, la naturaleza. ¿Cómo se efectúa la valorización de la naturaleza (a través de qué tecnologías políticas: los mercados, estados e ideas) en el umbral de modernidad biopolítica? Esta operación es, precisamente, la que va desanimar a una parte de los actores y dar la impresión

de que existe un abismo entre los objetos materiales (una naturaleza inanimada *allá afuera*) y los sujetos humanos.

Escucha eso que se quiebra: ¿Qué está vivo?

Como Foucault ha mostrado, cuando el Estado comienza a incluir entre sus tareas de gestión el cuidado de la vida de la población y la administración del cuerpo individual del hombre en tanto fuerza productiva, transformándose así la racionalidad política en biopolítica, es ante todo una redefinición del concepto aristotélico de vida vegetativa u orgánica que coincide con el patrimonio biológico de la nación (Agamben, 1996). Al centro de todo esto, la noción de vida, el *bios* de la biopolítica que parecería cargar con una herencia que está ligada a la biología (campo disciplinar emergente en el siglo XVIII) y la historia natural (siglo XVII) como campos de saber-poder que suponen, a su vez, la conversión de los seres vivientes en vidas dentro de una naturaleza cuya propiedad es la continuidad taxonómica, una estructura visible y sus elementos homogéneos pero que le sobreviene un proceso latente cuyo resultante es una naturaleza desanimada.

Historia natural y biologización de la vida, una vez más. Pero la vida tampoco está dada desde afuera o de antemano por una unidad de medida, el organismo impuesto a un cuerpo, el cuerpo organizado en unidad orgánica o en un cuerpo vivido compuesto por órganos y funciones, una imagen o una identidad ya determinada (o teleológica) que opera una codificación en relación a una norma. Y esto remite directamente al legado histórico del poder disciplinar. En ese contexto es posible hablar de mecanización de las funciones del cuerpo en el sentido en que se trata de hacer funcionar “la maquinaria natural de los cuerpos”. El comportamiento y sus exigencias orgánicas van a sustituir poco a poco la simple física del movimiento: descomponer el movimiento en otros tantos segmentos operativos y luego recomponer el cuerpo como unidad. El cuerpo, al que se pide ser dócil hasta en sus menores operaciones, opone y muestra las condiciones de funcionamiento propias de un *organismo*. El ejemplo privilegiado del cuerpo políticamente dóciles es el obrero, el soldado o el prisionero que responden al esquema mecanicista (Hombre-máquina de O. de La Mettrie) de un cuerpo segmentado, indefinidamente articulable, autonomizado en regiones que responde a diferentes órdenes.

Así, eso que se vuelve, de las maneras más diversas, inasignable e in-nombrable para la modernidad política es esa vida desconocida que va más allá de los límites de un cuerpo (articulable y maquínico) y de la organización jerarquizante en órganos y funciones dentro de un cuerpo orgánico o vivido. Entonces, vida y cuerpo viviente no coinciden y no pueden reconciliarse en lo humano, la propiedad distintiva de un yo (el *self* como sí-mismo), una persona o un individuo. Es preciso partir de la opacidad y desorganización de los cuerpos (un organismo sin partes), de una u otra manera, los cuerpos se hacen sombra unos a otros habida cuenta de las relaciones que expresan y es por eso que tienden a escaparse de sí mismos. ¿Acaso es la vida (*una* vida) condición de existencia de la singularidad de los cuerpos, el vehículo de su emergencia, su línea de constitución pero también de eso que deviene, eso que pasa y moviliza los cuerpos, a su mutación y su mezcla donde las formas ingresan en su línea de deformación y variación? (Giorgi & Rodríguez, 2007).

Historia natural, biologización de la vida, los cuerpos y el organismo. A pesar de la influencia antihumanista de los filósofos críticos de los años 1960 y 1970, sumado a la consideración de los itinerarios del pensamiento europeo en las décadas de 1990 y 2000 (la noción de *nuda vida* de Agamben o el dispositivo de la persona de Esposito), e incluso en su versión afirmativa, como fuerza de variación inmanente o potencia de indeterminación (Esposito, Revel, Deleuze, Agamben) o la línea de lectura en torno al animal y el monstruo (Wolfe, Giorgi, Agamben, Deleuze, Derrida, Grosz, Cragolini, Negri, Torrano), eso que define la lógica de lo moderno en torno a las articulaciones entre vida y poder, parece que mantiene una suerte de privilegio incuestionado por lo humano, lo social y lo subjetivo.¹

1 Un ejemplo de esta mirada biopolítica humanista la encontramos en la serie fotográfica *Marcados*, compuesta por más de mil retratos del pueblo Yanomami realizados por la fotógrafa Claudia Andújar entre 1980 y 1984 a partir de la campaña de relevamiento y vacunación para enfrentar dolencias epidémicas como la varicela, el sarampión, la rubeola, la tuberculosis y la malaria. En los retratos de Andújar, cuyo encuadre se mide no solo en la expresividad efectiva sino en su función de registro catastral (cada Yanomami recibe un número único de identificación, allí lxs vemos posando con carteles blanco y negro colgando de sus cuellos). El contraste de base se dirime aquí, subraya Jens Andermann (2021), entre un marco biopolítico y un tipo de epidemiología amazónica (en el mundo Yanomami, las epidemias son una amenaza no sólo física sino también, y sobre todo, cosmológica). Dentro de marco biopolítico, se trata del proceso de identificación (individuación disciplinar o anatomopolítica) a través de la atribución de

Lo que permanece es sobre todo la captura y el monopolio sobre la noción de vida que carga con un linaje precedente (historia natural y biología eurocéntricas) y su matriz conceptual heredada, marcadamente biomédica y humanista pero circunscripta a las coordenadas antropocéntricas: “¿hasta qué punto la biopolítica queda capturada en una lectura de la gestión “afirmativa” contra la evidencia, tan nítida en la experiencia latinoamericana del siglo XX y XXI, de que la guerra es constitutiva de todo despliegue biopolítico?” (Giorgi, 2023, p. 3).

La diferencia que se mantiene como un presupuesto incuestionado es aquella que, escribe Povinelli (2016, p. 30), se conjuga entre todas las formas de vida (*bios* y *zoé*, humanos y no humanos, monstruosas, impersonales, etc), su deriva como muerte (tanatopolítica y necropolítica) y la categoría de no-vida (*geos*, *meteoros*) que se asocia a lo estéril, lo inanimado y lo inerte. Ese presupuesto incuestionado, que Povinelli (2016, p. 34) llama biontología, se funda sobre la transposición de conceptos de la biología (de su matriz fundante como disciplina en el siglo XVIII) tales como metabolismo, nacimiento, crecimiento-reproducción, muerte hacia conceptos de la ontología tales como evento, acontecimiento, *conatus/affectus*, finitud y su concepto de existencia (ser o *dasein*, ser-ahí). ¿Es posible enunciar, al interior de la gramática biopolítica, la muerte no su como par antagónico y excluyente de la vida (un fin, una frontera o un punto final de un sujeto) o como reverso constitutivo o deriva (tanatopolítica) sino la muerte como *principio inmanente* de la vida que desubjetiva, como lo irreductible, como un resto pendiente más allá del límite (Biset, 2013) o como un modo de gestión y administración de elementos no-vivos?

un nombre propio (la carta de ciudadanía para un estado-nación), idea que es ajena a la cultura Yanomami donde la referencia a individuos específicos, en cambio, se realiza a través de sus relaciones de parentesco: “¿A nombre de quién se habría hecho ese depósito, si estos marcados sin nombre, en realidad, no han tenido su nombre borrado sino, por el contrario, se siguen resistiendo a ser nombrados y, así, a confirmar su entrada en el espacio de la ciudadanía? ¿Cómo pensar la agencialidad enigmática de los *Marcados* de Andujar, si no es —o no es solo— como reclamación de una ciudadanía plena que se les habría negado al privarlos de acceso a vacunas y asistencia médica básica?” (Andermann, 2021, p. 5). Y esto se produce sobre una tensión de fondo, el rasgo humanitario de la biopolítica (la ciudadanía, la identificación individual, la protección inmunitaria ante las epidemias) se lleva a cabo sobre un ejercicio tanato-necropolítico de base, esto es, una campaña médica de inmunización de vidas indígenas contra las pandemias introducidas por los mismos blancos que administran las vacunas.

Es precisamente en esta intersección entre crisis ecológica y biopolítica, los puntos de mutación en la gestión de lo vivo hacia lo viviente, la perturbación ontológica alrededor de la naturaleza, la intensificación de las formas de extracción y explotación de los entornos bióticos y los desórdenes de la sensibilidad son subtendidos por otros interrogantes. Los fenómenos climáticos que irrumpen, inundaciones, sequías, terremotos, la nueva centralidad que adquieren virus, bacterias, las pandemias, las luchas indígenas y poscoloniales, lo mineral, lo geológico y la estratigráfica o incluso, la posibilidad misma de la extinción generalizada. Todos estos síntomas de cataclismos que arrastran a la superficie sensible son figuraciones que además de interrogar los límites de lo humano y su reverso (ya sea lo animal, bestial, monstruoso o zombi) permiten situar la disputa por los límites de lo vivo y de correlato, el pliegue de un régimen ecológico que ha reorganizado a la naturaleza en función de la acumulación de capital pero que despunta hacia un período de una nueva inestabilidad de la naturaleza.²

La inestabilidad afecta al tiempo, las cantidades, las calidades, las mediciones mismas y las escalas en general se tornan imprevisibles, y corroe también al espacio. Los materiales radioactivos, el agujero de la capa de ozono o la fractura hidráulica petrolera, por ejemplo, estos fenómenos o entidades de alta dimensionalidad desafían nuestra percepción del es-

2 Lo viviente-existente es aquello que excede cualquier forma porque está hecho de relaciones de fuerzas, devenir y coexistencia. Las fuerzas son movimiento de flujo impersonal en avance, exceso, desacomodo o desestratificación, lo viviente en tanto que fuerza es una posibilidad abierta de imbricación y acoplamiento, de relacionalidad y de figuraciones que insisten en lo heterogéneo, lo dispar y lo múltiple (por ejemplo, la simbiogénesis, el agenciamiento y la simpoiesis, la exaptación y la precariedad ambiental). La cuestión de lo viviente ilumina así líneas de relacionalidad e interdependencia entre actantes y fuerzas no-humanas que deshace cualquier distinción tajante entre cuerpos y porque excede el paradigma de lo humano, de lo vivo, de lo social y subjetivo en dirección a las materialidades, los fósiles, lo inorgánico y abiótico, los suelos, lo mineral y lo vegetal. Estas figuras del pensamiento, precisamente, señalan muchos de los focos, insistencias y gestos conceptuales que, leídos a través de la academia anglosajona en términos de giros epistemológicos (sin olvidar los intereses creados acerca de los nichos de mercadotecnia editorial), se miden alrededor de los nuevos materialismos, el pensamiento vegetal, los espacios, las cosas y objetos, lo no-vivo y lo muerto, lo ontológico, la estratigráfica y lo geológico-mineral, la auralidad o epistemología de la escucha, las ecologías líquidas o hidropolíticas, las humanidades ambientales, la ecocrítica y los estudios sobre humanidades energéticas.

pacio-tiempo porque no pueden ser aprehendidos de forma inmediata y porque persisten durante tiempos extensos de tiempo. Objetos excesivos y desbordantes que producen, de suyo, efectos cuya duración excede las escalas de la vida individual y colectiva (humana) y hasta las escalas de lo natural. Los *hiperobjetos*, tal es el nombre que reciben (Morton, 2018), dan cuenta de una ampliación de la frontera productiva-extractiva que avanza tanto sobre cuerpos como sobre materias, territorios y suelos. Aunque aquí también pueden incluirse los infraobjetos, en una escala doble y simultánea de lo molar y lo molecular, objetos, cosas y vivientes imperceptibles en su escala menor, se trata de los plegados de lo muerto-vivo, lo vivo-no vivo, aquello que no alcanza el estatus de lo vivo ni lo muerto o que nunca está vivo pero permanece ahí (fósiles, minerales, piedras, líquenes, hongos, bacterias y virus, las materias, suelos y territorios). Así, la pregunta fundamental que atraviesa la biopolítica ¿qué es una vida? ¿Cómo se cifra un modo de gestión, cálculo y administración de la vida, cómo se hace vivir y cómo hacerse una vida? o más aún ¿qué es lo que puede una vida, cuál es su potencia de variación y desvío, su capacidad de agenciamiento? es reelaborada, apunta Cóccaro (2023), por la de “¿qué es o cómo habitar?”

Acá empieza a deshacerse el cielo

En el análisis canónico de Michel Foucault y en muchas de sus recepciones críticas (Agamben, Esposito, Rose, Miller, Rabinow y Revel) las menciones y alusiones a esta dimensión constitutivamente política de la vida y los modos de gestión de esa vida es, cuanto menos, reticente a incluir una perspectiva sobre la raza (Quijano, 2000; Yusoff, 2018) como tecnología de gobierno, es decir, los largos y estratificados procesos de colonización y la imposición simultánea de proyectos civilizatorios y la imposición ecológica -en un sentido, como modo de relacionalidad con los entornos y cosmologías y en otro sentido, como importación de agentes bióticos y no bióticos tales como bacterias, virus, flora y fauna endémica- que son coetáneos a la consolidación del biopoder alrededor del siglo XV en el contexto europeo continental. ¿Acaso es una máquina de guerra con su fuerza civilizatoria la que habita al interior de todo despliegue biopolítico, una fuerza civilizatoria cuyo *ethos* marca una avanzada colonial a través de

la captura de territorios, procesos de desposesión, extractivismo y des-territorialización?³

Consuetudinario a la imposición del biopoder, entonces, se produce la expansión y colonización europea en América, Asia y África que da inicio a un proceso de transformación de las condiciones geológicas y ambientales de los territorios a través de la implantación de la jerarquización vertical y utilitaria de los órdenes ontológicos de existencias, mediante formas taxonómicas de relacionarse, de clasificar y de representar la naturaleza cuyo mecanismo ejemplar es la reducción del entorno en términos de paisaje (Andermann, 2018; Mitchell, 2002; Neuburger, 2024) y cuyo modelo paradigmático es la plantación (Ávila, 2024; Mbembe, 2011; Platzeck, 2020; Haraway y Tsing, 2019).

Dicho proceso expansivo se produce a través de proyectos de visualización (Bleichmar, 2016), tal como lo ejemplifican las expediciones botánicas de la corona española durante la ilustración (comprendidas entre los años 1759-1808). En estas empresas, la exploración de naturalistas y la producción de imágenes fungieron como técnicas clave en la producción y circulación de conocimiento como así también en el proceso de investigar, ordenar, explicar y poseer o intentar poseer la naturaleza. La tarea de los científicos naturalistas y su aporte a la historia natural entrañaba una metodología basada en actos de visión experta, formados como observadores y representantes y en virtud de un contacto laboral estrecho con artistas, los naturalistas construían una cultura visual basada en modos estandarizados de ver la naturaleza (cifrado en la lengua latina y compartido por naturalistas de otros reinos y procedencias) y en convenciones pictóricas. Lo que aquí se figura es un programa de ciencia imperial que, fundado en ese doble tarea de hacer cognoscible y gobernable el nuevo

3 A. Mbembe (2011) encuentra el derecho de matar en la redefinición de la soberanía en las colonias y no tanto en la mutua dependencia de la biopolítica con el viraje totalitario del Nacionalsocialismo y los Estados soviéticos o en la posibilidad de la guerra nuclear (ejemplos paradigmáticos del mismo Foucault). Las guerras coloniales, al estar frente al salvaje, expresan una indistinción entre guerra y masacre o el genocidio como motor social, como máquina disciplinada de matar en su funcionamiento técnico porque se produce un estado de sitio permanente que no dictamina la muerte como decisión final sino que se realiza como ejercicios constantes de muerte. En las masacres se encuentra una forma singular denominada necropolítica en relación a cómo se inscriben la muerte y los cuerpos en distintas prácticas mortuorias en un espacio geográfico que relega a los colonizados a una zona intermedia entre sujetos y objetos.

mundo, se llevó a cabo en tareas de botánica taxonómica (inventario y clasificación), botánica económica (identificación y explotación de productos naturales de valor para usos médicos-industriales) y la recolección de objetos e ilustraciones que enriquecerían las instituciones fundadas, el real jardín botánico y el real gabinete de historia natural.

En un momento en que las potencias europeas emprendían la exploración de naturalezas distantes como un asunto clave en lo económico, político y científico, la exhibición por medio de un cuerpo de imágenes y grandes colecciones, e inclusive la creación de un inventario de la flora que exploraban y su clasificación, pretendía que la naturaleza imperial fuera móvil, cognoscible y en un plano ideal, formara un catálogo global de la naturaleza gobernable.

Pero esto conlleva algo más que un registro visual, tal línea de fuerza se desenvolvía dentro de un proyecto de avanzada biológica (Crosby, 2009) de especies importadas que terminaron por imponerse sobre la fauna y flora endémicas, los esfuerzos colonizadores se orientaron a su mitigación, su aislamiento y, finalmente, su desaparición: el caballo desplazó a la llama en Sudamérica, el ganado vacuno al búfalo en América del Norte, por poner tan solo algunos ejemplos. Una avanzada biológica que se produjo, asimismo, por medio de prácticas de sometimiento agrícolas y una violenta simplificación de los paisajes acompañada de una transformación radical de las ecologías y de la relocalización/transporte de genomas, plantas y animales, incluyendo a los seres humanos (Ávila, 2024).⁴

El trabajo de genealogía descolonial indica que el trabajo disciplinar-esclavizado en las plantaciones, en las minerías (cuyo ejemplo paradigmático es el cerro de Potosí en jurisdicción del Alto Perú) y en el régimen de vida misional jesuítico guaraní (Ruidrejo, 2014; 2017) es el *locus* paradigmático que inspiró el trabajo asalariado industrial a través de su modelo de disciplina y alienación, de cuerpos dóciles y productivos en el reparto de los individuos, su constante vigilancia y cálculos de utilidad. En otros términos, las plantaciones de algodón y de estimulantes para la producción y consumo como la caña de azúcar o el café, son la precondition para

4 En la práctica de la botánica taxonómica dictaminada por la historia natural europea, los cuerpos de imágenes que forman los boticarios proceden a través de la fragmentación de la flora y el aislamiento de ejemplares que parecen flotar en el blanco predominante de la página. Este enfoque pictórico extremadamente selectivo borra la geografía y transformaba así las plantas locales en especímenes naturales descontextualizados que podían circular por todo el globo.

la industrialización a la vez que constituyen el modelo de la disciplina/alienación fabril y de otras modernas instituciones disciplinarias –prisión, escuela, hospital mental.–⁵

Biopoder, colonización europea y plantación. El espacio-tiempo histórico que se despliega en tres configuraciones de poder distintas (poder soberano, disciplina y biopoder) explica la emergencia de una racionalidad política en el contexto de la modernidad occidental. Los estados imperiales primero se sedentarizan en una tierra y luego los estados-nación, en su historia genealógica liberal que se vincula a la estatización de la economía y al maquinismo burocrático administrativo, operan por captura, por apropiación privada y por conservación-propiedad de la tierra. Estos son fenómenos de frontera: la acumulación de capital y la apropiación geográfica sin fin están estrechamente relacionadas. Esa expansión geográfica trabaja de una forma precisa debido a la unificación de la productividad laboral y la productividad de la tierra.

Dos trazas marcan los discursos soberanos modernos, el discurso del *muthos* bajo la forma de la memoria fundadora (o los mitos del colonizador y fundador de Estado) y el discurso del *logos* o bajo la forma de una razón legisladora (o los axiomas de racionalidad económica y social). Mercantilismo y emergencia del estado territorial, en su esencia misma, no funda solamente la tierra que posee sino que la funda para englobarla con una velocidad de territorialización, desterritorialización y reterritorialización determinada. “Luego es cuestión de repartir tierras. Corrección: es cuestión de expropiar tierras y repartir tierras” (Rivera Garza, 2020, p.14). El derecho natural de propiedad que hunde sus raíces en la teología del siglo XVI, implica técnicas de valorización de la tierra que exigen, asimismo, que esté delimitada y que su posesión esté garantizada. El estado-mercantil captura la tierra al mismo tiempo que la crea y cuando los recursos se agotan, vuelve a crear otro en otra parte. El sistema económico, la política fiscal del impuesto y el estado territorial trazan fronteras, construyen mallas y distribuyen propiedades y zonas de explotación, lo que producen, entonces, es un *spatium* y una *extensio* determinada, en profundidad y con

5 Algunas formas de trabajo humano, incluyendo la esclavitud, son también consideradas como elementos *inorgánicos* -esto es, no vivos en sí mismos sino instrumentales al objetivo de la continuidad de la vida de aquellos considerados sí como *verdaderos* sujetos vivientes. Esta distinción se ha utilizado así con objetivos específicos en el capitalismo racial. Ver Davis (1998).

niveles, un espacio liso, estriado, estepa o desierto que permite seguir los flujos de recursos y la libre circulación y tránsito de bienes, personas y mercancías.

En otros términos, no hay biopolítica sin su reverso constitutivo de la tanatopolítica, gestionar la vida implica que para “hacer vivir” y “realzar la vida” hace falta matar o que el otro muera y este cálculo proporcional no se ejerce sin una máquina de guerra y sin una velocidad de desterritorialización, agrupamiento y despoblación. Es decir, la gubernamentalidad biopolítica y la tanatopolítica suponen no solo el genocidio poblacional como ejercicio constante de muerte y la masacre como motor social (Mbembe, 2011; Valencia, 2010), sino también el epistemicidio (Sousa Santos, 2014) y una pérdida de terredad -*earthliness*- (Vázquez, 2017) a partir de la imposición de un modo de habitar el entorno (una relación de jerarquización y distancia), una ontología determinada o un conjunto de conocimientos que forman la base de la metafísica cristiana occidental y una forma de representar el mundo que reúne y funda, que organiza y legisla.

Resulta, entonces, cuanto menos complejo escribir la historia de la biopolítica que inicia y finaliza en la historia europea, incluso cuando Europa occidental es su marco de referencia. La colonización europea transformó el Nuevo Mundo, y el Nuevo Mundo a su vez contribuyó a una transformación silenciosa de Europa: sus capitales nacionales, sus metrópolis marinas, e incluso sus pequeñas ciudades, habían comenzado a escapar desde el siglo XVIII del “régimen biológico de hambrunas y epidemias, a las que habían estado sujetas desde su nacimiento” (De Landa, 1997, p. 109). Del mismo modo las nuevas instituciones disciplinarias (luego biopolíticas) procesaron más que cuerpos humanos: distintos cultivos y especies de ganado, animales y plantas también fueron capturados en esta red de registro escrito y observación: “¿por qué, entonces, el pensamiento biopolítico europeo queda, con escasas excepciones, enfocado en cuerpos y poblaciones primordialmente humanas con marginal atención hacia los vivientes no-humanos?” (Giorgi, 2023, p. 3). De otro modo, la misma modernidad europea que Foucault rastrea es concomitante de la conquista, la navegación y el comercio con América, el secuestro, venta y explotación de personas que fue la trata transatlántica de africanxs, el poderío militar, la explotación de recursos, el intercambio biótico de

especies, gérmenes y microbios de un organismo a otro y la mecánica extractivista en territorios.

Provincializar la biopolítica, este llamado que alude al trabajo del pensador poscolonial Dipesh Chakrabarty (2000), reconoce que este aparato teórico (con sus suposiciones ontológicas y epistemológicas sobre el tiempo, la temporalidad, las cosmovisiones, etc) está situada en el particular contexto europeo de su producción y hay otros contextos para los que estas teorías no son relevantes. Los teóricos sociales del Sur de Asia (plantea Chakrabarty) y en específico, los estudios canónicos sobre biopolítica hacen la vista gorda a este contexto situado y aplican dicha teoría como si fuera universal -un lugar sin lugar ni localización precisa-. Si bien Foucault centró su trabajo en la sospecha ante los universales antropológicos y en realzar, como contrapartida, la importancia de las configuraciones históricas en sus singularidades. “¿Hasta qué punto esas categorías foucaultianas utilizadas para explicar el proceso de gubernamentalización de la Europa occidental, resultaban de utilidad para describir el modo en que se conjugó la singularidad de una experiencia colonial en suelo sudamericano?” (Ruidrejo, 2014, p.13). Este gesto crítico insiste en mostrar cómo ciertas categorías o teorías asumidas como dadas, universales o naturales, no son sino fruto de cierta perspectiva particular que tiene una historia específica.

Referencias

- Andermann, Jens (2021). “La noche de los xawarari: notas sobre epidemiología amazónica”. En *Revista Heterotopías* del Área de Estudios críticos del Discurso de FFyH. Volumen 4, N° 7. Córdoba, junio de 2021
- Andermann, Jens (2018). *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Santiago: Metales pesados.
- Agamben, Giorgio (1996). “La inmanencia absoluta”. En *Excesos de vida. Ensayos sobre biopolítica* (2007) Gabriel Giorgi y Fermin Rodríguez (comps). Buenos Aires: Paidós.

- Al Woden (2011). *Falling to Earth. An Apollo 15 astronaut's journey to the Moon*. New York: Smithsonian Books
- Ávila, Iván (2024). "Plantacioceno". En *Léxico crítico del futuro*. Buenos Aires: Unsam.
- Bleichmar, Daniela (2016). *El imperio visible. Expediciones botánicas y cultura visual en la ilustración hispánica*. México: FCE.
- Biset, Emmanuel (2013). "Tanatopolítica". En *Nombres. Revista de filosofía*, Año XXI, N°26, pp. 245-274. Córdoba: Alción.
- Cóccaro, Victoria (2023). ¿Qué está vivo? Arte y literatura en el cambio de siglo. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Chakrabarty, Dipesh (2009). "The Climate of History: Four Theses". En *Critical Inquiry* Vol. 35, No. 2 (Winter 2009), pp. 197-222.
- Crosby, Alfred W. (2009). *Ecological Imperialism. The Biological Expansion of Europe, 900-1900*. New York: Cambridge University Press.
- Danowski, Déborah y Viveiros De Castro, Eduardo (2019). ¿Hay mundo por venir? *Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra
- Davis, Angela Y. (1998). 'Women and Capitalism: Dialectics of Liberation and Oppression', in *The Angela Y. Davis Reader*, ed. Joy James and Angela Yvonne Davis. 161-209. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Deleuze, Gilles (1995). "La inmanencia: una vida..." En *Excesos de vida. Ensayos sobre biopolítica* (2007) Gabriel Giorgi y Fermin Rodriguez (comps). Buenos Aires: Paidós.
- De Landa, Manuel (1997). *A Thousand Years of Nonlinear History*. EUA: Zone Books.

De Mauro Rucovsky, Martin (2023). “Estos son los huesos: colonización, bacterias y plantación”. En *Dossier: las sobrevidas de la biopolítica*, Latin American Studies Association; LASA Forum; 54; 1; 1-2023.

Esposito, Roberto (2011). *El dispositivo de la persona*. Buenos Aires: Amor-
rortu

(2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.

Foucault, Michel (2003b). *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France 1978-1979*. Paris: Gallimard. Trad. cast: Nacimiento de la biopolítica (2010). Buenos Aires: FCE.

(1966). *Les mots et les choses, une archéologie des sciences humaines*. Paris: Gallimard. Edic. en español *Las palabras y las cosas. Una Arqueología de las ciencias humanas* (2003) Trad. Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: SXII

(1987). *Surveiller et punir. Naissance de la prison*. Paris: Gallimard. Trad. cast: Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Buenos Aires: SXXI.

(1975). *Il faut défendre la société*. Paris:Gallimard. Trad. cast:: (2001) *Defender la sociedad*. Curso en el college de france 1975-1976. Buenos Aires: FCE

(1977). *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France 1977-1978*. Paris:Gallimard. Trad. cast:Seguridad, territorio, población. Curso en el college de france 1977-1978 (2006) Buenos Aires: FCE

(1966). *Les Mots et les choses: Une archéologie des sciences humaines*. Paris: Gallimard. Trad. cast: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. (1968) México: S.XXI.

- (1985). "La vida: la experiencia y la ciencia". En *Excesos de vida. Ensayos sobre biopolítica* (2007) Gabriel Giorgi y Fermin Rodriguez (comps). Buenos Aires: Paidós.
- Giorgi, Gabriel (2023). "Las sobrevidas de la biopolítica: apuestas críticas desde América Latina". En *Dossier: las sobrevidas de la biopolítica*, Latin American Studies Association; LASA Forum; 54; 1; 1-2023.
- Giorgi, Gabriel (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- (2007) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós.
- Haraway, D. y Tising, A. (2019). *Reflections on the Plantationocene: A conversation with Donna Haraway and Anna Tsing*. Wisconsin-Madison: Center for Culture, History, and Environment-Nelson Institute/Edge Effects Magazine.
- Latour, Bruno (2015) Edic. en español *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Trad. Ariel Dillon. Buenos Aires: S.XII
- Latour, Bruno (1991). *Nous n'avons jamais été modernes. Essai d'anthropologie*. Paris: La Découverte. Edic. en español *Nunca fuimos modernos: Ensayo de antropología asimétrica*. Trad. Victor Goldstein. Buenos Aires: SXII.
- Morton, Timothy (2018). *Hiperobjetos. Filosofía y ecología después del fin del mundo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Mitchell, W.J.T (2002). *Landscape and power*. EUA: University of Chicago Press.

- Neuburger, Ana (2024). *Imaginarios del espacio y restos materiales en ficciones argentinas contemporáneas*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades
- Platzeck, José (2020). *Sacaropolítica: Plantar, moler, cristalizar, disolver*. Barcelona: PEI, MACBA (MIMEO).
- Povinelli, Elizabeth A. (2016). *Geontologies. A Requiem to Late Liberalism*. EUA: Duke
- Quijano, Anibal (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América latina" en *Colonialidad del Saber, Eurocentrismo y Ciencias Sociales*. 201-246. CLACSO-UNESCO, Buenos Aires.
- Revel Judith (2010). *Foucault, une pensée du discontinu*. Paris: Fayard. Edic. En español *Foucault, un pensamiento de lo discontinuo* (2014). Trad. Irene Agoff. Buenos Aires: Paidós.
- Rivera Garza, Cristina (2020). *Autobiografía del algodón*. México: Random House.
- Sousa Santos, Boaventura (2014). *Epistemologies of the South: Justice against epistemicide*. EUA: Routledge
- Ruidrejo, Alejandro (2017). "La heterotopía extraordinaria y la historia de la gubernamentalidad". En *Historia y grafía* no.49 México jul./dic. 2017, ISSN 1405-0927.
- (2014) Foucault y la heterotopía extraordinaria. Las reducciones jesuíticas del Paraguay y la historia de la gubernamentalidad occidental. Tesis doctoral en Filosofía, Universidad Nacional de Córdoba (MIMEO)
- Yusoff, Kathryn (2018). *A Billion Black Anthropocenes or None*. Minneapolis: University of Minnesota Press

Valencia Triana, Sayak (2010). *Capitalismo Gore*. España: Melusina

Vázquez, Rolando (2017). "Precedence, Earth and the Anthropocene: Decolonizing design". En *Design Philosophy Papers*, vol. 15, no. 1, 2017, 2-9.



Por una filosofía del presente. Derivas foucaultianas (La ed.)

Constanza SanPedro y María Victoria Dahbar (Eds.)

Constanza San Pedro [et al.]

Publicado por el Área de Publicaciones
de la Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

Octubre de 2025 [Libro digital]

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento
- Compartir Igual (by-sa)